

PARA DECIR ALGO, HAY QUE NARRAR...

Hna. Ileana Tolosa, HAG*

ABSTRACT:

In the use of NARRATIVE for personal history, the option for the poor may be seen as the FOCUS around which LIFE IS ORGANIZED, providing consistency to every human being's fabric of relationships. To acknowledge and assess peasant origins as a commonplace for exclusion, and, at the same time as an eye-opener, helps us to understand solidarity as an attitude of life. Becoming close to the one who lacks food is the narrow and open door that leads to the HUMANIZING PROCESS. Through every experience of opting for the weakest, the vulnerable and poor, it is God who appears as an opportunity and a possibility, even amidst antagonism, since it is God who inspires every look, gesture, and word of closeness toward the one who lives in need. God listening, walking, and loving. In the reality of exclusion, and when confronted with attitudes of exclusion, opting for the poor is to permanently respond with attitudes of INCLUSION. Thus is the saving will of Jesus 'God!

KEYWORDS: *Personal history; God; option for the poor; relationships; exclusion; action of inclusion; attitude of life; humanizing process.*

Para decir algo que se corresponda con la opción por los pobres en mi vida, debo afirmar que es una tendencia no teorizada, que me ha acompañado desde pequeña. Por tanto, requiere ser narrada en la medida que narre acontecimientos de mi historia. Pues por mucho tiempo creí haber empezado a hacer algo de opción por los pobres a partir de mi incorporación en el camino de la Vida Religiosa, como algo exclusivo de un grupo de personas y su estilo de vida.

* **Ileana Tolosa Virgüéz**, Hermana del Ángel de la Guarda. Larense. Licenciada en Teología (ITER-UCAB 2010). Coordinadora del Centro de Capacitación San José, Barrio Nuevo Horizonte, Catia (desde 2006), obra de la Congregación de Hermanas del Ángel de la Guarda. Docente en el Centro de Estudios Religiosos (CER) desde 2009. Coordinadora del Equipo de Reflexión CONVER. Actualmente curso estudios en Maestría de Teología Fundamental en el ITER-UCAB. email: ileangeltv@gmail.com.

Espero ir aclarando estas ideas con el apoyo de elementos que la vida misma me ha ofrecido.

Mi mirada y modo de abordar la realidad indiscutiblemente están dadas por el ambiente en el cual fui creciendo en estatura y sabiduría, creo que más evidente la primera que la segunda... Modo del que poco a poco me fui haciendo consciente, porque supuso el modo de ir asumiéndolo como perspectiva para entretejer el mundo de relaciones, muy especialmente con quienes siempre quedan fuera del sistema de oportunidades. Indudablemente, todo eso lo recibo por herencia y relación en el campo. Sí, aunque sea un pequeño porcentaje de la población nacional total, su particularidad cultural queda enmarcada entre características históricas y geográficas. Hablo de un Caserío larense, Perarapa, ubicado a 27 kms al noreste de la ciudad de Barquisimeto, en la vía a Duaca.

Así, el modo natural marcará en mí hasta la toma de conciencia de lo que implica ser campesina. Porque aunque mamá no tuvo la posibilidad de cursar el bachillerato y papá la primaria, no fue impedimento para cultivar la lectura, la búsqueda de información y la producción desde sus capacidades. Ella desde la dedicación exclusiva en casa, junto a la cría de animales y la siembra por cosechas en tierras de mi abuela. Él en su diario trajinar de “perolero” o buhonero ambulante recorriendo ciudades y pueblos con cantidad de peroles llevados en sus hombros...

La dinámica insistente era aprender y ayudar. Aprendiendo y ayudando, surgió el amor y la amistad con la tierra, verla más allá de una fuente de trabajo para explotar; y en ella vivir agradecidos a Dios por tantas cosas regaladas y sin tener cómo pagarle. Poco a poco, fuimos alimentando nuestro saber “para ser alguien” y poder ayudar a todo el que lo necesite. Si se quiere, ésa ha sido la divisa familiar. O al menos la dirección en la que se sale a flote en cuanto a respuestas concretas que se nos precisa. De hecho, viene a mi memoria el recuerdo de un personaje por todos conocidos en el Caserío, Aurelio, pero no tenía familia, no tenía referente sanguíneo entre los vecinos. Sin embargo, todos los vecinos éramos su familia. Donde llegara, allí tenía su ración de comida segura, y aunque la situación económica no favoreciera, siempre para Aurelio hubo comida...

Junto a los vecinos en el Caserío, recuerdo el ambiente natural, sencillo, sano y hasta feliz, pero igualmente me llamaba la atención presencias o gestos muy puntuales de personas venidas de fuera, que apuntaban a carencias de las que no se es consciente desde dentro, a menos que se inicie un ejercicio de comparación ingenua y/o sistematizada. Es decir, pensábamos y creíamos que en

nuestro mundo todo estaba completo, nada faltaba. Y quizá como dato o aspecto a mejorar sería lo concerniente al justo reconocimiento de la condición de la mujer. Pues, muchas veces, por no decir todo el tiempo, la idea reinante es que sólo hemos sido creadas para parir y nada más. Es un entramado de relaciones injustas las tejidas en el ambiente rural, en el que la mujer sale perdiendo, aunque sea la garante de la educación de sus hijas e hijos.

1977 – 1982: CASA Y ESCUELA, LUGARES DE REVELACIÓN

Por otra parte, algo que marcó mis inicios en la búsqueda del conocimiento sistemático antes de entrar al ofrecido desde la vivencia escolar, coincidiendo con el segundo período de Carlos Andrés Pérez, es que mi primera maestra fue Aura de Tolosa, mi mamá. Efectivamente, su dedicación para que, siendo su hija mayor, contara con los elementos básicos y mínimos para comenzar en la escuela. Tiempo para descubrir la forma y los sonidos mientras una que otra vez, resonaba su deseo que se transformó en expresión de empuje para mis pasos, “tú puedes llegar más allá”. Aunque no tuviese la capacidad al momento para captar su pleno significado en labios de mamá, sí reconozco su carácter significativo y quizá hasta con cierta visión de futuro. De manera que al iniciar el Primer grado, ya sabía leer, escribir y resolver las operaciones matemáticas básicas, cosa que resultó muy evidente para la maestra y desde los primeros días me animó a ayudar a quienes estaban con dificultades para aprender, o más bien, se abrían al mundo del conocimiento. Sencillamente me ponía a su lado y superando la timidez, que ya era bastante para mí, les ayudaba. Poco a poco, José Luis, Naudy, Milagros, Rosaura, mis compañeros de clase, fueron comprendiendo mi manera particular de decirles cómo sonaban dos letras unidas y cómo la mano sólo tenía que dibujar cada letra que el libro nos regalaba.

Y ahora que lo escribo, creo fue ese espíritu solidario vivido en casa, lo que movía mi mundo infantil en el que la mirada captaba a alguno de mis compañeros que pudiese estar necesitando ayuda. Me parecía increíble estar ayudando a la maestra Nancy, y fue por espacio de tres meses, porque luego en Consejo de Maestros decidieron que a partir de Enero sería incorporada al segundo grado. Y así fue.

El hecho de salir tempranito de casa y caminar hasta la parada del bus de la carretera nacional e ir a la escuela en el pueblito más cercano, fue suministrando elementos que automáticamente habilitaban el cuadro de comparaciones

y descubrimientos, que, sin duda, enfatizaba la realidad de desventaja vivida. Había quienes tenían los servicios básicos al alcance, mientras que en el campo lo común es no tenerlo. Por lo que, había que aprender, colaborar y luchar por lo que también es nuestro derecho.

En la escuela coincidimos no sólo los del pueblo, sino muchos otros de todos los caseríos cercanos. Unos con carencias más pronunciadas que otros, pero también muchos con múltiples capacidades y posibilidades. Dones y talentos, que de la mano de nuestros maestros se iban descubriendo y potenciando. Por ejemplo, se puede nombrar toda la organización y propuestas en el área deportiva, en cultura y música, la sociedad bolivariana y el patrullaje escolar. Todas, favoreciendo el crecimiento en conciencia ciudadana y valoración de lo propio y lo ajeno. Era época en la que la merienda y el comedor escolar estuvo fuertemente apoyada por docentes y representantes, especialmente los que llegábamos de fuera. Ser de los de fuera, ya daba qué pensar sobre aquello que nos faltaba en el caserío y que sí tienen “los de adentro”... ¡Y cuántas cosas más faltaban a quienes estaban en peores condiciones! Realidad que animaba a pensar qué hacer para ayudar, cómo colaborar.

Recuerdo que era la época verdiblanca política de Venezuela, como decían los mayores en el caserío, y que sólo en época electoral llegaba algún aspirante al Consejo Municipal de entonces, llenando de promesas el tiempo de sus visitas. Por ejemplo, como las elecciones eran en diciembre, sus zapatos sólo se llenaron de polvo por las calles de tierra, pero nunca se embarraron en época de lluvia, mientras que los nuestros lo llegan a tener como color natural durante el día con las idas y venidas a la escuela... Ciertamente, con zapatos secos y brillantes, siempre es fácil prometer...

De igual manera, habría que decir para la asistencia sanitaria. Si surgía alguna emergencia, hasta que se llega al ambulatorio u hospital, transitabas el verdadero vía crucis. Por otra parte, qué decir del acompañamiento eclesial, pues el sacerdote era de esos que se ven sólo cuando había Misa de difuntos y el día de la Patrona del caserío. Por eso, en cuestiones de salud, reluce la sabiduría natural y popular a punta de guarapos, emplastes y demás, y en el ámbito de la fe, los rosarios y devociones acunaban la confianza puesta en Dios, el que nunca abandona. Y para la historia quedó la misión de los Padres redentoristas, cuya cruz en el centro del caserío permite recordar a quienes la vivimos y escucharla narrada las generaciones posteriores. Ellos, haciendo uso de filminas con imágenes bíblicas, nos convocaron a la Capilla y allí nos presentaron la Historia de Salvación. Fue la

primera vez que de parte de la Iglesia y en labios de hombres de Iglesia escuchaba hablar de Jesús de Nazaret, el gran regalo de Dios para nosotros, la humanidad.

Entonces, entre la política bipartidista, que poco o nada se proyectaba en el Caserío, y su correspondiente cuota de insuficiencia en servicios y atención de parte de los que detentan el poder, fueron la familia y la escuela los lugares para dar forma a la toma de conciencia y modo de relación que lentamente inquietaba tanto los pensamientos, como los sentimientos y sueños. La timidez se abría espacio, desde la escucha y la observación, a planteamientos, realidades y horizontes nuevos y distintos para abordar y asumir la realidad tanto en cuanto había la disposición y disponibilidad. De hecho, fuertemente significativa fue la militancia izquierdista de papá con su participación en el Movimiento al Socialismo. Resultó una perspectiva de complemento a lo recibido en casa y escuela, pero también en fuerte contraposición a la otra tendencia política bien marcada en gran parte de la familia: la de Acción Democrática. Era un insulto llamarlos adecos, ellos eran “accióndemocratistas”. Visiones y posturas tan contrarias y radicales la una de la otra, que se acentuaba sólo en época electoral, gracias a Dios, porque siempre me quedó claro, que aunque en el punto político no había convergencia, al momento de actuar solidariamente eso quedaba en segundo plano. Eso sí que lo tengo más que comprobado. Y siempre lo agradezco.

En esta época de escuela también fui testigo y beneficiaria de una educación de calidad: más que vaciar contenidos y terneros como depósitos de éstos, se nos alentaba y promovía en la medida que se daba el proceso de descubrimiento, explotación y producción de nuestra capacidad de pensar y analizar. Recuerdo lo fascinante que resultaba la aplicación de un sencillo esquema de liberación de pensamiento, en la cátedra “aprender a pensar”, en la que se nos ejercitaba estudiando casos y aportando posibles soluciones. Nos hacía debatir a partir de acontecimientos y noticias; lo positivo e interesante es que ninguno quedaba sin aportar, lo negativo quizá fue el que la suprimieran del programa de estudio, además de no encauzar la posible concreción de las propuestas que surgían de la experiencia estudiantil. Haber tenido maestras, maestros y profesores especialistas contribuyó a desplegar capacidades, académicas, deportivas, artísticas y creativas de la mano de la contribución posible en cuanto a participación. Existían organizaciones como el patrullaje escolar, la sociedad bolivariana y actividades culturales, folclóricas y deportivas anuales de intercambio con las demás escuelas del municipio y distrito.

1982 – 1987: BACHILLERATO, APERTURA A OTROS MUNDOS

Iniciar el bachillerato coincide con el inicio también de la experiencia y referencia con la institución eclesiástica, especialmente la estructura parroquial. Claro, es como consecuencia obvia de haber logrado la puntuación máxima y obtener el fácil ingreso en un colegio católico, fundado y dirigido por sacerdotes diocesanos. Siempre me cuestionó que muchos compañeros de clase con su promedio regular no tuvieron esta misma oportunidad. Este colegio está ubicado en la capital del distrito, y allí las diferencias aumentaban, junto con las exigencias educativas y de relación social. La imagen que venía a mi mente cuando pensaba en todo esto era un embudo: empezamos muchos y poco a poco la realidad nos filtraba. Quedaba quien acertaba en responder a las exigencias y pautas del sistema.

Ciertamente es duro responder a un doble turno escolar – mañana y tarde – y además vivirlo desde los criterios e interpretaciones de los demás. Un blanco seguro de críticas y apuestas a ver si se alcanzaba el objetivo escolar o no. Sin embargo, otro talante movía las ansias de saber, pues no hubo asignatura que no me fascinara, ni vocación educadora que no mereciera mi respeto y admiración, en esa noble misión de despertar en nosotros la crítica y la autocritica que desde el cuestionamiento apostara por ver una realidad distinta y mejor, aunque no fuese nueva...

No sólo supuso sobreponerse a la realidad diferenciada de campesina en un pueblo, sino también a la división de espacios según el género, es decir, era el modo como se manejaban las cosas en un colegio católico mixto: tanto en el salón de clase como las prácticas de laboratorio y los recesos en patios separados estaban claramente definidos. Confieso que este esquema chocó frontalmente con mi experiencia natural como modo de concebir la realidad. El mundo es de todos y en él podemos estar juntos sin dificultad, pero los temores que rondaban el imaginario de quienes dirigen la institución los gobernaba. El choque fue brusco, me parecía complicar y dividir la realidad natural creada y dada por Dios, pero fue justificada con una lectura más moralizante que evangélica de la Palabra. Cómo ser yo y actuar siendo en un ambiente donde me ubican como rival del género masculino. Quizá, insisto, no fue esa la intención, pero acaba siéndola porque se impone en las relaciones de quienes nos incorporamos a la organización escolar ofrecida. Aunque tuviésemos la misma edad se nos estaba imponiendo un estilo de convivencia que excluía tanto género como culturas. Era toda una lógica que superaba la propia, por lo que aún disfrutando de los

contenidos de cada asignatura, en ocasiones esto supuso un ejercicio supremo de dedicación para sobrevivir a tanta competencia y contrariedad. En todo esto, aliados inseparables fueron tanto la creatividad como la intuición, además, unos momentos claves que permitieron ir sembrando una relación de intimidad con Alguien que siempre está. Antes de iniciar cada turno de clases caí en cuenta que contaba con algunos minutos a solas en el patio de la casa parroquial. Un día me atreví a cruzar la sacristía e internarme en la iglesia, y en silencio la recorría contemplando pinturas y vitrales hasta quedarme largamente ante el Santísimo. Allí sentía que le dejaba a Dios quejas, tristeza, lágrimas, alegrías, sueños, preguntas, todo según anduviese de ánimo. Momentos de complicidad que se multiplicaron y que buscaba como oxígeno. Reconozco que funcionaba como con propiedad de tranquilizante, que ahora puedo catalogar de breves espacios de oración confiada, sencilla y acompañada por ese Dios tan bueno que no podía quedar encerrado ni en un sagrario ni en cuatro paredes por inmensas y bellamente adornadas que fueran. De esas escapadas siempre me llamó la atención lo impactante que me resulta la pintura de la decapitación de Juan el Bautista, patrono de la Parroquia.

En estos años, en los que la dinámica de la realidad se planteaba más bien opuesta a mi crecimiento, pues se aunaba a la crisis económica en casa, mis espacios libres y vacaciones tuvieron un estilo distinto, y que efectivamente comenzó a serlo por cosas de Dios. Vecinos del caserío que estudiaban en distintas escuelas y liceos necesitaban que se les ayudara a asimilar las asignaturas claves. Vi entonces la oportunidad de ayudar desde lo aprendido. De manera que comencé con matemáticas y lenguaje, luego se sumaron inglés, física y química. Con todo gusto tendía mi mano a quienes no tenían ni para pagar sus pasajes. Debajo de la mata de mamón o la de uva iba haciendo mi espacio de ayuda escolar, poco a poco desplegaba el saber recién recibido en mis clases. Comencé con hojas sueltas y cuadernos de años anteriores con páginas disponibles aún. ¿Cuánto me pagaban? Ese aspecto siempre me costó, porque no tenían para hacerlo ni tenían que hacerlo, sin embargo, la cuenta quedaba cancelada con aquellas sonrisas que regresaban celebrando al saberse aprobados. En alguna oportunidad había tal compromiso de gratitud, que me llevaron un tobo lleno de mangos... era lo que tenían para agradecer, ¿será por eso que disfruto tanto esta fruta cuando tengo oportunidad de comerla? Al tiempo, por su propia iniciativa ellos mismos calculaban y cancelaban una cantidad, que ya habían ponderado según las investigaciones hechas, eso me pareció curioso y bonito... Lo cierto es que aquel dinero fue un aporte específico y significativo de mi parte para los gastos próximos en el inicio del calendario escolar.

De manera sencilla y casera descubrí un modo nuevo y distinto para dar un aporte en el presupuesto familiar. Si antes nos tocaba madrugar en sábado para hacer el mercado y/o vender la cosecha del momento (generalmente entre legumbres y hortalizas), ahora podíamos contar con un poquito más, bueno algo es algo... Hoy, leo este acontecimiento, hilado con los anteriores, como el modo de Dios para llevarme a la pregunta por el sentido de mi vida. Pues sí, estudiar el bachillerato, dar lo que sabía y tener un contacto con el mundo eclesial desde dentro fueron dando forma a la inquietud vocacional, que preferí seguir guardando en el silencio de mi corazón. Estar cerca de algunos participantes del Grupo Parroquial María y José en Duaca, me puso ante dinámicas solidarias y de compromiso concebidas desde la fe. Y ese carácter de coherencia y concreción me atrapaba. Un sábado haciendo la cola en el mercado, veía a un señor con su hijo recogiendo los restos de espagueti que quedaban en el piso al romperse los empaques. Preguntamos por qué lo hacía, y con natural resignación nos dijo que sería el alimento para llevar a casa, y con el agua de la pasta sale un tetero de lo más sabroso para el pequeño. Su respuesta me impactó, pues eran casos extremos que, al menos yo, asociaba con los que suele presentar la televisión. La segunda pregunta inevitable fue dónde vivía, y dijo en La Chivera. Para entonces, La Chivera era lo más periférico del pueblo. Había que actuar, y así fue. Procuramos la atención alimentaria inmediata y luego, con mucha frecuencia, el Grupo María y José se hizo brazo solidario de la Parroquia en el lugar. Al menos ese pequeño chispazo del Espíritu fue atendido y secundado.

Culmino esta etapa escolar con la ilusión y posibilidad real de cursar estudios de Medicina en Barquisimeto, pues así resultó la asignación de parte de la Oficina de la OPSU, encargada de distribuir a los aspirantes de las distintas carreras profesionales en las universidades del país, según el promedio de notas, la demanda de parte del alumnado y la oferta de cada casa de estudios. Ciertamente, el cupo lo tenía, pero la situación del país se fue presentando contraria a esta posibilidad, porque para ese tiempo se inició también lo que se llamó paro nacional indefinido de universidades, y fue tal cual su nombre lo indica. No niego que me desconcertó, porque ya indicaba que estaría "perdiendo" tiempo mientras los conflictos se resolvían... Por lo que, opté por darle la vuelta a la situación y no desesperarme, así que ese tiempo no lo perdí, sino que lo invertí ayudando en ámbitos que me han fortalecido como ser humano. Dedicué tiempo a aliviar la carga de mamá en casa, en la siembra que teníamos (especialmente de maíz y caraota), era suplente siempre lista y dispuesta para la Escuela Concentrada Rural del caserío, ofrecía clases de refuerzo a jóvenes en bachillerato que

se las veían negras con las materias “filtros”, formalicé mi participación como catequista y animadora en la Parroquia, y en las tardes ayudaba a mi abuela en su faena diaria entre siembra y cría de animales, a la par de escuchar su historia a base de preguntas inquietas que llegaban a mi cabeza: era el espacio de diálogo y encuentro con quien fue la partera del caserío: Carlina.

La justa protesta universitaria, sin pretenderlo, iba dejando en mí la cierta desilusión de ver realizado el sueño de lograr una carrera universitaria, entonces en y con todas esas actividades procuraba desplazar esas ideas en mí mientras dedicaba tiempo y esfuerzo para potenciar capacidades y destrezas. En medio de esa lucha interna, la realidad seguía contrariándome, esta vez con la salud de papá, quien empezó a presentar problemas renales, lo que produjo que dejara de salir a trabajar vendiendo sus peroles, por tanto la escasez llegó a casa. Tiempo fuerte, carencia económica aunado a una enfermedad por atender. Y es que así estaba el país, ya sin fuerzas para responder a los gritos de necesidad real e inmediata.

Con ese panorama, nos reventó el “caracazo”, cuando la Televisión nos mostraba el movimiento de las barriadas capitalinas bajando de los cerros, y en especial las escenas de violencia donde los saqueos eran resueltos a punta de plomo y plan. Imágenes que presentaban el caos en acción, mientras en casa no teníamos cómo bajarle el tono a la angustia, porque la escasez, en toque de queda y suspensión de garantías nos dejaba aún más en la intemperie.

La sensación de miedo y zozobra en el caserío quedaba descrita con el silencio reinante. ¿Cómo estará la familia que emigró a Caracas? ¿Estarán seguros? ¿Tendrán comida?... y aunque fueron días, meses, de escasez, resulta que entonces los ayudados por los vecinos fuimos nosotros. Una auyama, o un aguacate o un kilito de lo que fuera, era recibido como regalo del cielo, ¡y es que lo era! Ya lo decía mi mamá: ¡Dios no nos abandona! Además, si alguien anunciaba algún “rebusque” de papa, tomate, caraota o maíz, allí estábamos dispuestos a traer según nos dieran las fuerzas. Claro que teníamos ventaja, pues al ser familia numerosa la cantidad sería considerable aún con pocas fuerzas físicas. Ya luego, la tarea era “rendir” con total agradecimiento lo recibido, términos que denotan el sentido de austeridad en el seno familiar.

Así como el año 1989, con su febrero indignado y violento, marcó nuestra historia contemporánea venezolana, la huella en el ámbito familiar no fue menor. La incertidumbre y, a la vez, la confianza en Dios eran los sentimientos que fácilmente afloraban en nuestra cotidianidad. Y no dejamos de cantar, al

contrario, desde entonces quedaron grabados en nuestra memoria, en nuestra historia, como el modo de aliarnos al clamor de un cambio social radical. Quedaron grabados más que nunca las voces, las ideas, los sueños de cantoras y cantores populares que hicieron y hacen vida en la región, quienes además nos conectaban a la vivencia de toda Venezuela y del Continente... desde entonces Víctor Jara, Mercedes Sosa, Daniel Viglietti, Chico Buarque, Piero, Pablo Milanés, Silvio Rodríguez, Carlos Puebla, Inti Ilimani, Alí Primera, Luis Mejías Godoy, Lilia Vera, la Chiche Manaure, Los Guaraguaos,... conviven en nuestras relaciones, diálogos, luchas y sueños. Son letra cantada y vivida con sentido de humanidad, hermandad, solidaridad, justicia, comunión.

1990 Y VIDA UNIVERSITARIA

Decidir ingresar a la universidad, ya no por medicina, sino por la Ingeniería Química, en la UNEXPO-Barquisimeto, que era mi segunda opción en oportunidades de estudios y en atención a no perder más tiempo, supuso un nuevo y gran descubrimiento, además de la estructuración mental para comprender y asumir la lógica del pensamiento científico. Apertura de horizonte en el pensamiento y la investigación, que va dando un ordenamiento relacional para abordar la realidad. Mi mundo ya no es sólo el campo, sino un cosmos (recuerdo era la idea o imagen que entonces revoloteaba en mi cabeza) configurado por el entramado de relaciones sea personales, culturales o institucionales, que se vinculan tanto en cuanto en mí se dé la posibilidad de vincular en respectividad. Se hacía más evidente eso de que somos seres sociales, seres culturales, y el "somos" es un continuo ir siendo e ir haciéndose.

Lógicamente, esta toma de conciencia permitió vivir de un modo distinto, no frustrante, la realidad convulsa de la realidad situación estudiantil universitaria. Seguían las protestas y los discursos recargados de indignación ante tanta injusticia, exclusión y corrupción. Tiempos de huelgas, marchas, toma de universidades, asambleas estudiantiles, comunicados, panfletos, allanamientos, dirigentes estudiantiles detenidos por las fuerzas policiales, estudiantes muertos... Se trataba de salvar los tiempos de clases y alternarlos con las protestas. Ésa era la vida en la universidad, pasar el día en ella, pues cabe decir que, por venir de las afueras del municipio nos valíamos del transporte ofrecido a las 5:00am y a las 6:00pm por la UCLA a sus estudiantes, y que aprovechamos muy bien, aunque no fuera nuestra casa de estudios.

Fui descubriendo la universidad no sólo como lugar del saber sino también lugar para ser. No tanto para “ser alguien”, sino ser porque ya me reconozco en relación y es eso lo que me identifica. Ser desde el sentido de identidad, de pertenencia y de referencia, por tanto, no podía ser indiferente a lo que estaba pasando en la Venezuela de entonces, era una fuerza mayor que me animaba a formar parte activa en la COMUNIDAD universitaria, haciendo caso omiso a los distintos juegos que pretenden dejarnos de lado por el hecho de ser mujer. Confieso que en esto la astucia iba de la mano con la prudencia y valentía. Porque poco a poco la universidad la fuimos transformando en refugio hasta para aquellos líderes populares comunitarios, que por apoyar al movimiento estudiantil, también eran amenazados y perseguidos por las fuerzas del Estado. Era común la represión del gobierno de José Mariano Navarro para con todos los grupos sociales de Barquisimeto.

Recuerdo el impacto de dos momentos significativos: Uno, la toma estudiantil de nuestra casa de estudios, y su posterior allanamiento fuertemente cuestionado a nivel regional. Contarlo ahora sin huella alguna en el cuerpo, sino sólo en la memoria, es gracias a la velocidad alcanzada por nuestras piernas atravesando los distintos espacios universitarios y al auxilio de los vecinos que abrieron sus puertas para resguardarnos. Sin embargo, hubo quien no corrió con la misma suerte, y su versión la contará de manera muy distinta. Otro ocurrió el 28 de Noviembre de 1991, en las inmediaciones del Decanato de Agronomía de la UCLA, en Tarabana – Cabudare. Ese día, yo había decidido regresar a casa al mediodía en lugar de esperar el transporte hasta las 6pm. En la tarde, los noticieros en la Televisión dan un extra: ¡Asesinado un estudiante en Barquisimeto durante una protesta!, y en la radio sólo decían que era en la Escuela de Agronomía. El pánico se sintió en casa y se mantenía hasta que no dieran más detalles. A los minutos logran identificar al estudiante, era el compañero Héctor Guzmán. Las lágrimas, rabia e impotencia también se hicieron sentir, fue entonces cuando papá decide ir a Barquisimeto, y los estudiantes lo retienen en la Escuela de Medicina... Esa noche, papá dejó de ser sólo el papá de Irving, Ildegar e Ileana, pasó a ser el papá de todos los estudiantes... Y juntos velaron y cuidaron al compañero y hermano “Margarita”, pues Héctor era margariteño. Esa noche su casa fue la universidad, su familia fueron los estudiantes de cada centro educativo y los vecinos que se acercaban con rosas en las manos, y su papá era mi papá. Pero en la madrugada, desde la Gobernación del Estado hicieron todo lo posible para sacar el cuerpo y llevarlo a la isla de Margarita, y así fue. Al clarear el día en la medida que se acercaba más gente al Rectorado, crecía la impotencia por la intromisión e irres-

peto del ente gubernamental, cosa que desembocó en una marcha hacia la casa de gobierno, pero que fue dispersada a punta de perdigones, bombas lacrimógenas y persecución. El centro de la ciudad fue un verdadero campo de batalla, pues de nuestra parte hubo gritos, piedras y carrera al momento de evitar caer en sus manos. Abajo las santamarías de los negocios, y las puertas abiertas con recelo para recibirnos y no dejarnos caer en “la jaula” que iba de un sitio a otro buscando sus presas. Recuerdo la masa multicolor unida, todo el estudiantado, y gritando a los indiferentes y desentendidos del asesinato. Ese año, Héctor formó parte de una larga lista de estudiantes venezolanos asesinados... Al gobierno, una vez más se le fue la mano, y el pueblo por su lado dio un espaldarazo a nuestras luchas.

Ni allanamientos ni muertes amedrentaron lo que como estudiantes vimos era el aporte al momento del país. Y seguimos, seguimos en marchas, participaciones en programas radiales, organizando actos culturales, asambleas interuniversitarias... Alguien en algún momento tendría que escuchar la palabra de la Universidad haciéndose sentir. Y en alguna asamblea se hicieron presente personajes que, a su estilo, venían observando el acontecer nacional, me refiero a los entonces anónimos integrantes del Movimiento Bolivariano MBR200. Todo hablaba de la necesidad de cambio en el país, y se apostaba por sumar fuerzas, fuerzas pensantes y actuantes.

Así, en medio de este barullo, las preguntas se agolpaban en la mente y corazón. Acompañando lo que pasaba, igual faltaba algo. La vida me pedía algo más, y además distinto. Por eso, catalogo de oportuno cada diálogo con el párrroco universitario, quien trataba de iluminar no sólo la realidad conflictiva de la universidad, sino también la experiencia de quienes hacíamos vida en ella, y, por qué no decirlo, también vida de fe. Era numeroso el grupo que cada jueves nos encontrábamos para orar, meditar y reflexionar a la luz de la Palabra. Era un oasis en el mundo científico, cuya reina y señora es la razón, más en medio del desorden de protestas al descarado ‘orden establecido’. Internamente era la oportunidad para favorecer más el encuentro que el desencuentro, pues procuraba la respuesta a la pregunta sobre mi vida. ¿Soplo del Espíritu? ¿Aire nuevo para refrescar y ordenar el mundo interior? ¿Dios en la realidad clamando y coincidiendo con lo que escuchan mis oídos ahora abiertos y atentos?... Todo es posible, lo cierto es que la sed aumentaba y había que buscar dónde y cómo saciarla.

Época que tuvo sus altos y bajos, en los que fui recibiendo aportes desde diversos ámbitos de participación, y cada uno con su particularidad empujaban mis pasos en el claro camino de búsqueda: cada clase de la carrera, Jóvenes Ca-

tólicos Universitarios, Estudiantes Asesores, Centro de Estudiantes, alternando en los fines de semana con la ayuda en casa y los domingos en la mañana en la Parroquia. Puedo decir que las primeras siempre las fui compartiendo en las dos últimas, es decir, en casa y en la Parroquia. Por cierto, fue entonces cuando organizamos la formación de catequistas en todos y cada uno de los caseríos de la Parroquia.

El mes de agosto, comienza a tener una variante aunque seguía impartiendo las clases particulares, ahora empiezo a participar en los Campamentos Vocacionales de las Hermanas del Ángel de la Guarda, por invitación de una de ellas que vino de vacaciones de su misión en Filipinas. Ir a lugares más allá de Barquisimeto, donde había estado por más tiempo después de mi casa, sumaba inquietudes por las realidades contempladas. Parecía injusto, cosa a la que tanto sus habitantes como yo en mi caserío, nos parecía lo más normal y nos conformábamos. ¿A qué me refiero? Cada campo contiene lo propio y bello de ser campo, y por ser lo más natural que sean así, ya para quienes procedemos de él nos parece que es lo suficiente para ser feliz, y lo es, sólo que tanto en cuanto no aparezcan dificultades o emergencias de salud, por ejemplo, o que los niños crezcan y la falta de liceo ya nos hace creer que con que haga la primaria es más que suficiente. Todo esto que veía y pensaba, lo fui conversando con las Hermanas, pero siempre me quedé con la impresión de que no me entendían, por eso, aunque persistía en mí la llamada de Dios, decidí alejarme y dejar de verlas por un tiempo, y si era de Dios, Él se encargaría de reunirnos otra vez. Dios comprendía que no cabía en mi cabeza eso de dejar a mi gente necesitada por Él, si precisamente Él espera que se ayude a esta gente.

No tenía en mis manos, ni la tengo, la solución a tantos problemas, pero sí estaba en mí buscar ver con claridad cómo me tocaría estar y hacerlo, y creer que estando ayudaba a aliviar la carga en algo, aunque fuese arrimando el hombro. Quien ha cargado un peso solo y luego compartido, valora esa presencia que descansa y alivia.

Varios años estuve así, sin asumir la respuesta a la pregunta de mi vida y sin dejar de ayudar, de darme. De allí, que recuerde con cariño el sosiego que encontraba en dos lugares particulares de Barquisimeto: el conocido Santuario de La Paz, en permanente exposición del Santísimo y la librería de las Paulinas. Sí, ambos me ofrecían la Presencia en el silencio, la música y la lectura, cosa que siempre les hizo creer a las religiosas de los dos lugares, que en algún momento podrían pescar de mis labios la respuesta afirmativa a sus invitaciones para sus

convivencias vocacionales. Más bien, mi respuesta siempre fue “gracias, hermana, pero aún no es el momento”

Hasta que un día, el párroco universitario me llama y me dice que nos encontremos en el Departamento de Orientación, en la oficina de los Estudiantes Asesores, y me entregan un folleto en el que se promueve una experiencia juvenil misionera en el mes de agosto. Era el Campamento Juvenil Misionero, de la Comunidad Misionera Alegría y Esperanza, que cada temporada de agosto reúne a jóvenes de todo el país, acompañando algún sector muy necesitado de la Diócesis que lo pida. Aquél año era en el Barrio El Tostao, ubicado al oeste de Barquisimeto. Me agradó el contenido del folleto, y sin saber cómo se llegaba a los lugares mencionados, me inscribí en la jornada preparatoria. ¿Qué encontré en esa experiencia? Un estilo de Iglesia, de oración y de misión distintísimo. Durante las tres primeras semanas de agosto, en el lugar escogido, se hace todo un esfuerzo por llegar a niños, jóvenes y adultos con un rostro de Iglesia alegre, cercano, solidario, joven y humano. Pasar las vacaciones siendo misionero entre los pobres y necesitados. El modo de convencer a mamá y papá de que sería una experiencia que me favorecería, fue decirles que seguiría ayudando dando clases, sólo que esta vez lo más seguro es que sería de esos que no tendrían con qué pagarme nada.

Cada día salía de madrugada, y en Barquisimeto esperaba el transporte del campamento en la parada de la Iglesia de la Santa Cruz, que nos llevaría al oeste bien oeste, El Tostao, cuyo nombre ya indica a qué temperaturas se suele estar. En esas tres semanas se compartía con los habitantes del barrio, que para la acción pastoral ya estaban divididos por sectores, y para ese acompañamiento se cuenta con tiempos de oración personal, oración comunitaria, temas formativos y misión, que comprendía visitas y detección de necesidades sociales para ir recopilando datos e información, de manera que haya continuidad en el lugar después de finalizar la experiencia misionera. Las necesidades eran las mismas que comparten todos los grupos humanos excluidos, los que abundan en las periferias, y dependiendo de la región, unos se acentúan más que otros. Esta zona, por ejemplo, además de ser tierra árida principalmente, de contar sólo con una escuela, no tenía centro médico inmediato, el agua llegaba en camiones, tenía que invertir una hora en buseta para llegar a las cercanías del centro de la ciudad. Toda esta realidad quedaba cual ofrenda y petición en las Eucaristías diarias compartidas con la gente del barrio, así se reafirmaba que valía la pena ofrecer un modo de Iglesia más parecido a lo que Jesús nos pedía, una Iglesia que hermana. Durante el campamento, la Comunidad Alegría y Esperanza, hicieron muy buena pastoral

vocacional ofreciendo el Voluntariado Misionero, que bien llaman Tiempo de discernimiento vocacional. Fue entonces cuando sentí que había dado con lo que me estaba haciendo falta para clarificar qué haría con mi vida respondiendo a lo que Dios quería en mí.

1995: VOLUNTARIADO JUVENIL MISIONERO

Decidí hacer el Voluntariado Juvenil Misionero pidiendo expresamente su acompañamiento para discernir mi vocación. Objetivo que además de cumplido, les sigo estando profundamente agradecida el resto de mi vida. Reconocí que había llegado el momento, cosa que a mamá y papá les pareció un disparate. Dejar la universidad, oportunidad de vida, para irse a pasar trabajo, como si no ha sido suficiente lo vivido en casa... pero con el tiempo, luego comprendieron.

Vivir en el oeste de la ciudad, era seguir en lugar de exclusión. En la comunidad se unía la carencia real del lugar con la práctica ascética, que supera una simple austeridad. Entre mis hermanos de Alegría y Esperanza seguía experimentando lo vivido en casa, eso de “todo lo tenían en común” que describe Lucas sobre la comunidad en el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Funciona la caja común y nadie tiene en su bolsillo un bolívar para sí. Si alguien necesita, humilde y libremente lo pide. Cuando ingresé se apertura el ambulatorio y habían hecho una donación que se invirtió para un laboratorio, pues en la comunidad había quien tenía estudios en Bioanálisis y también en Medicina. Tuve la oportunidad de ayudar en la enfermería. Y en la pastoral, acompañaba todo el funcionamiento de la Vicaría Nuestra Señora de Lourdes que quedaba un tanto alejada de la sede de la comunidad.

La convivencia comprendía oración, trabajo, misión y acompañamiento personal, que poco a poco fueron dando forma al modo de ser hermana de hermanos tanto al interno comunitario como hacia la vivencia del barrio en su totalidad. Catequesis con los niños, conversas con los pacientes del ambulatorio, dinámica comunitaria entre encuentros y correcciones, ayuda a jóvenes con materias “fuertes”, asambleas familiares en los centros de misión daban vida a mi vida en ese lugar apartado. Cada espacio, cada encuentro, me ponía ante la real necesidad de intentar saber estar. Lo que más ejercité fue la escucha. Escucha para intuir a Dios en esas vidas que me confiaban sus dificultades y también su esperanza siempre puesta en Dios. Saber estar para saborear lo que cada mujer, cada joven, especialmente vivían sin más. Creo que fue esa gente la que inyec-

tó la verdadera Alegría y Esperanza que en algún momento pensé me tocaba darles... Yo salí ganando. Otra cosa muy particular era el estilo de oración, que si se quiere es semicarismática. Al principio era un estilo de oración al que me resistía, pero debo reconocer que aprendí a valorarla porque caí en cuenta que era un modo de alabar a Dios, y que ya desde el lenguaje siempre le da la primacía de toda acción a Dios y su Misericordia. Decir “Gloria a Dios” es certeza y ejercicio contra la vanagloria, además iba muy de la mano con la amplia acción social asistencial y de acompañamiento ofrecido a la gente del barrio y demás. Por eso, en mi vida queda guardada como estilo de oración con sentido y con contenido. Entre ellas y ellos, éramos 70 entonces, caminé un año (plazo establecido para convivir y discernir) ayudando con alegría y esperanza en el corazón, animando así mi decisión y opción. Cumplido el objetivo, decido entrar en la Congregación Hermanas del Ángel de la Guarda.

1996: HERMANAS DEL ÁNGEL DE LA GUARDA

Iniciar el recorrido en la Vida Religiosa conjuga, por Voluntad de Dios, con el proceso de toma de conciencia y apropiación de lo que me hace hermana: ser en relación. Valorar el origen e intentar integrarlo con lo cultural propio del carisma congregacional, don y tarea especialmente en la cotidianidad. Esta afirmación viene por el hecho de recordar detalles, que en su momento tuvieron un peso, que sólo yo podría ponderar y en consecuencia, relativizar y es lo requerido. Hablo, por ejemplo, de ese simple pero brusco cambio de haber vivido siempre en habitación compartida y por varios, ahora tener una para mí sola. Quizá suene hasta ridículo, pero para mí ni lo fue ni lo es, porque cada noche las lágrimas bajaban fácilmente hasta la almohada con sólo recordar a mis hermanos y hermanas en casa de mamá y papá. Claro que entendí que en adelante me tocaría sola muchas cosas, pero en ese momento para esa parte yo no estaba preparada. Gracias a Dios, pude expresarlo al poquito tiempo, superando la timidez. ¿A qué voy con esto? Pues, que ciertamente hay detalles, simples y hasta tontos, que se nos cuelan en la formación y creemos que son irrelevantes. Aún no favorecemos el diálogo valorativo intercultural en las estructuras de formación dentro de la Vida Religiosa. Creo que la contundencia de esta afirmación me viene del acompañamiento que ofrezco actualmente en el Centro de Estudios Religiosos desde el aula.

No he tenido experiencia sistemática y continuada de participación de alguna CEBs, sólo las tengo de referencias por otras Hermanas que sí han participado, pero creo que el haber coincidido en La Pastora, Caracas, en tiempos de la Constituyente y Jubileo eclesial, permitió la relación con las comunidades que hacen vida en esa Parroquia. Oportunidad para generar con la gente algo nuevo y distinto, una oportunidad para proponer y animar a incorporarse a la dinámica nacional. El contexto del trabajo pastoral es la Quebrada Santa Isabel, y allí entre olores tan desagradables hubo también oportunidad para ofrecer a un grupo de jóvenes perspectivas distintas para sus vidas, con la Biblia en mano, nos atrevimos a iluminarnos en medio de tanta oscuridad. De allí de la quebrada siempre nos pareció increíble, que varios de nuestros chamos formaron parte del Proyecto NAVE (Niños Actores de Venezuela) y que actualmente siguen dedicados a la actuación a nivel internacional. Gente que se organizó para lograr que le embau-laran el trozo de quebrada sobre el que vivían... Como postulantes y novicias, buscábamos el modo de ganarle a la impotencia por tanta indignación sin dejar de ser cercanas y vinculando lo más posible con quien pudiera dar o le correspondiera dar alguna ayuda. Ese primer contacto en Caracas quedó grabado porque era la misma realidad conocida de la capital, a diferencia que no estaba arriba de ningún cerro, sino abajo en una quebrada.

Relevante también es lo compartido y aprendido tanto en Ocumare del Tuy, como en Barquisimeto. Desde plataformas educativas y apostando por ofrecer calidad a quien más necesita, siempre queda la sensación, y es realidad, que no es aprovechada por los más pobres. Sea en un Colegio Santo Ángel, sea en un Fe y Alegría, aunque desde su origen su finalidad y filosofía está orientada al más necesitado, no hay del todo la satisfacción de su logro como tal. Sin embargo, en ambos hubo la facilidad de generar dinámica reflexiva de análisis, crítica y autocrítica para ofrecer lo que se pueda y lo mejor posible. En ambos, se me brindaba la oportunidad de captar a los excluidos, pues un Centro de Capacitación Laboral nace para los que desertan de la educación sistemática especialmente, y en el Fe y Alegría, la Biblioteca era el lugar privilegiado para asesorar a los que presentaban sus dificultades académicas... Quiere decir, que seguía colaborando, acompañando.

Finalmente, volver a Caracas y esta vez al Barrio Nuevo Horizonte da matices particulares al modo de estar en cada lugar de trabajo y misión. Nuevamente en un Centro de Capacitación Laboral, y esta vez, dedicar tiempo y escucha al grupo de mujeres que me acompañan en esta misión. Trabajar con ellas coincide con el estudio de la Teología, es decir, ellas me ayudan a hacer teología con los de

abajo que están arriba en el cerro, en el barrio. Resalto el valor del Evangelio en nuestros encuentros como Equipo de Trabajo, pues no es fácil atreverse a poner la Palabra de Dios en manos de la gente, sin embargo, la intuición de la mano con la sencillez y la humildad, han dado garantía de ello como tesoro y conquista. Es una verdadera riqueza escuchar lo que Dios les revela. Y, sin saber que es eso lo que hay que hacer, simplemente he optado por escuchar y cada vez pido a Dios que me diga cómo saber escuchar siempre mejor, para saber estar entre ellas como una más.

Lo expresado ha girado más hacia quienes siempre se les ha llamado “destinatarios”, pero creo que ésta es también una dinámica, un modo de ser que configura hacia dentro de la Congregación también. Escuchar preferentemente a quienes no son las que siempre figuran en Asambleas, Capítulos y demás instancias de participación, es tarea y misión. Acoger lo que piensan y sueñan como Hermanas, es tarea y misión. Ofrecer espacios y tiempos para que ellas mismas expresen su palabra, también forma parte de esta opción.

Para finalizar, sólo me queda pedir perdón. Perdón a Dios por no ser consciente, que desde los inicios ya Él pone su gesto inspirador para humanizarnos en relación, especialmente con quien no tiene oportunidad ni posibilidad de nada. Perdón por no reconocer que la opción por los pobres es un modo de asumir y vivir la intuición de Dios en la cotidianidad. Perdón por creer que la opción por los pobres es exclusiva de la Iglesia y de la Vida Religiosa, cuando en realidad tiene su raíz en lo más humanamente humano. Perdón por no renovar la Vida Religiosa que aportó desde esa opción que ha estado y que la he dejado de lado como si no valiera para el aquí y ahora de la actualización del carisma congregacional.

Perdón... y gracias por esta tarea de narrarme para caer en cuenta de lo que Dios hace y dinamiza, porque es cierto que esto ayuda “...para animar a otros a que hagan ellos mismos la historia viva de su opción concreta, porque lo narrativo ayuda a ver el espesor concreto de los conceptos, al situarlos en sus contextos vitales” (Pedro Trigo (Revista Humanitas N° 18, pág. 69)

EN CONCLUSIÓN

Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que la opción por los pobres:

- Me resulta más experiencia de vida que teoría, porque la vida en relación es su sustento.

- Es actitud de vida que une respectivamente los orígenes de la persona con su proyección como ser humano, teniendo en la presencia y relación con el otro, los otros, la orientación para lograr la búsqueda de sentido de la vida. Más aún cuando ese otro es el pobre.
- Es perspectiva que desde el reconocimiento de ese otro que suele estar fuera del sistema, los de abajo, se vuelve modo natural actitudinal aliado para la inclusión. Por eso, es propicio sistematizar para que se valore como aporte con consistencia tanto para la teología como cualquier otra área del saber.
- Es personal con irradiación comunitaria siempre que se favorece ambientalmente. De allí que sea la familia el lugar primero donde se fragua el modo de ser persona humana humanizada y humanizadoras.
- Amerita ser recuperada como raíz fundamental en la experiencia creyente y cristiana que precisa el mundo actual. Millones de hermanas y hermanos, los pobres, nos lo reclaman